

XIII

SORPRESA DE ZENO

Los datos dados por la abadesa de Picpus al joven Enrique de Lagardère-Nevers y al vizconde de Dizons relativos á la dirección que había tomado Teresa de Vignon al huir con Luisa Moutier dormida, eran de rigurosa exactitud.

Pero se recordará que como el hilo invisible que ligaba á la superiora con la nigromante se había roto de pronto al parar la carroza ante una verja, tras la cual se veía un castillo, la tutora de la amiga de Blanca no pudo indicar á los jóvenes lo que había sido de su pupila después de franquear dicha verja.

Nosotros vamos á llenar esta laguna.

Antes, expliquemos por qué la segunda vista de que había sido dotada la superiora mientras el coche recorría el trayecto de París á Chèvreloup se había neutralizado de pronto en ella

En el momento en que paraba el carruaje, y cuando Teresa Vignon se preparaba á bajar de él, la audaz cómplice de Alcides Rigoberto se acordó de repente que, en su precipitación por huir del convento, había olvidado, al hallarse fuera, sustraer á la superiora al sueño hipnótico, á fin de dejarla sólo presa del aturdimiento causado por el brebaje soporífero, aturdimiento muy suficiente para impedir que la persiguiese ó la mandase perseguir inmediatamente.

Ella no ignoraba que cuando una persona puesta en estado de sonambulismo lúcido no ha sido « separada » de su hipnotizador, permanece íntimamente ligada á este último, se identifica con él y de ese modo asiste á todos sus actos, sea cual fuere la distancia que de él le separe.

Así, ante la idea, que no se le había ocurrido hasta entonces, de que la superiora había debido de seguirla con los ojos del espíritu hasta el sitio en que se encontraba, su primer cuidado fué romper el misterioso lazo que á ella la unía.

Con ese objeto, volvióse hacia París y, mentalmente, con toda la fuerza de voluntad de que podía disponer, ordenó á la superiora que abandonase la influencia de su fluido.

Á pesar de lo lejos que estaba de Picpus, su injunción tuvo efecto instantáneo, porque en aquel mismo momento, se extendió espeso velo por el cerebro de la superiora, velo que, como ella había dicho, la dejó súbitamente sin « ver ».

Ahora, vamos á saber lo que había sido de Luisa.

Así que la Vignon no tenía que temer á aquella vigilancia oculta, aunque no se le ocultase que era ya algo tarde para librarse de ella y que podía costarle caro, se apeó y fué á abrir la verja con una llave que le habían confiado.

Acto seguido, la carroza penetró en la propiedad de la señora de Coislin, yendo los caballos al paso, para que la echadora de cartas, que no se había vuelto á montar, pudiera seguirla fácilmente.

El castillo distaba unas treinta toesas de la verja, lo que en nuestros días equivaldría á unos sesenta metros próximamente.

Se llegaba á él recorriendo un ancho césped cuadrangular á cuyo derredor corría una vasta alameda orillada de macizos de flores graciosamente dibujados.

Más allá de esos macizos, y hasta las tapias que cercaban la finca, había diseminados arbustos y plantas cuya escasa elevación dejaba al descubierto la fachada del edificio, por cualquier lado que se la mirase.

No sin motivos se había tomado la precaución de no ocultar aquella fachada.

Y era con objeto de poderla admirar cómodamente, pues merecía la pena de hacerlo.

En su conjunto, el castillo, construido á fines del siglo XVI por el célebre Androuet de Cerceau, á quien se debían ya varias obras maestras, tales como los hoteles Carnavalet, de Bretonvilliers, de Sully, sin contar el Puente Nuevo y la terminación de la soberbia galería del Louvre, el castillo, decimos, podía pasar

por una de las más bellas obras arquitectónicas de la época del Renacimiento.

Nunca se había conseguido todavía fusionar con tanto arte el estilo ojival y el greco-romano, que, parecían ambos poco hechos para entenderse.

Pero era especialmente en la fachada principal del edificio donde el arquitecto supo desplegar los recursos de su maravilloso talento.

Todo era allí de orden perfecto, de exquisito gusto.

Y para realzar su magnificencia, Germán Pilon, el célebre cincelador de piedras, había sembrado numerosos frontis y cariátides de impecable factura y de rara originalidad.

Aquella parte de cuerpo de edificio era, pues, verdadero regalo para la vista, y se guardaron mucho de ocultar el menor fragmento.

Desgraciadamente, las fachadas laterales, así como también la posterior, no se prestaban tan fácilmente á ser vistas.

Sobre todo esta última, sólo se distinguía á través del follaje de los árboles plantados en un inmenso parque, que se extendía á más de cien toesas detrás del castillo.

Verdad es que no poseía tantas bellezas como su hermana opuesta; sin embargo, conservaba aún bastante valor artístico para no ser sacrificada de aquel modo.

Teresa Vignon, después de recorrer el césped al lado del carruaje, llegó á su extremo, ante una escalera de seis peldaños de mármol blanco, que daba acceso á la planta baja de la habitación.

Conocía á las personas del lugar por haber ido allí varias veces á entenderse con la marquesa y con el caballero Zeno acerca del rapto de Luisa Moutier.

Sacando entonces á la niña del coche, y llevándola en sus vigorosos brazos, como lo había hecho ya para sacarla de su celda, subió rápidamente por la escalinata y entró en el palacio.

Diez minutos después, depositaba á Luisa en una cama instalada en un cuarto que daba á las habitaciones de la Coislin y que le había sido designado por ésta para recibir á la señorita de Moutier, en caso en que aquélla estuviera ausente cuando la trajesen, lo que precisamente ocurría, según había dicho á la Vignon el cochero.

En efecto, hacía dos días que se hallaba la marquesa en Versalles, donde, á causa de la lucha que había entablado con la señora de Pompadour, y que estaba en su período de efervescencia, había creído conveniente quedarse para estudiar mejor el juego de su rival y, por lo tanto, guiar mejor el suyo.

— ¡Por fin! — exclamó la nigromante lanzando un suspiro de alegría — ¡ya he conseguido mi objeto! Ya está la señorita en Chèvreloup, y todo sin ruido ni escándalo, conforme se había convenido. Esto es lo que puede llamarse tarea bien hecha. Ahora sólo me falta ir á enterar á la marquesa. Entretanto, voy á tomar un poco de descanso, que creo haberlo ganado.

Dicho esto, y después de cerciorarse de que Luisa, á quien había dejado vestida, estaba convenientemente instalada en su cama, pasó á una habitación contigua

y, á su vez, extendióse en una otomana, donde pronto quedó dormida, tan apaciblemente como si hubiera realizado una acción meritoria.

Á eso de las diez de la mañana, Teresa Vignon fué despertada por un gran ruido producido en el castillo.

Al principio tuvo miedo, como las gentes cuya conciencia no está tranquila; pero, recordando de pronto que la marquesa iba á dar una gran fiesta, se rió de su espanto, pues comprendía que el ruido era debido á numerosos obreros tapiceros y decoradores ocupados en adornar los salones.

Entonces se levantó, y preparóse á salir para Versalles.

De todos modos, antes de ponerse en camino, fué á hacerse anunciar al caballero Zeno, el cual apenas salía del castillo.

El ex representante de Venecia estaba aún en la cama. No sabiendo á qué dedicar el tiempo y, además, perezoso por naturaleza, solía dormir á pierna suelta, embrutecido en su ociosidad.

Al oír el nombre de la Vignon, que le dijo un criado, salió de su somnolencia, y, previendo que había novedades, ordenó que introdujeran inmediatamente á la echadora de cartas.

Lo cual se hizo en seguida. Una vez á solas con él, ésta le contó rápidamente los detalles del rapto, y, al terminar, añadió:

— Ahora que está aquí la niña, hay que guardarla. Como tengo que ausentarme para ir á ver á la marquesa, y como la señorita podría reanimarse antes de

mi regreso, sobre todo con el estrépito que arman los tapiceros, es necesario, si esto ocurriese, que estuviera usted á su lado en ese momento, á fin de darle en seguida un pretexto á su cambio de morada.

Ya he pensado yo algo sobre eso.

Y es el decirle, por ejemplo, que su tutora ó su tía, la superiora del convento, ha exigido que la manden al campo, porque había notado en ella cierta debilidad de fuerzas; que si la han sacado durante el sueño ha sido por orden de la abadesa que temía se resistiera la niña á la separación...

— Bueno, bueno — dijo Zeno. — Yo me encargo de la cosa. Usted, vaya pronto en busca de la marquesa. La Vignon se marchó.

Aunque fastidiado por haber sido sorprendido en traje de mañana — traje que siempre era esmerado, — el caballero tenía gran alegría al saber que Luisa estaba en Chèvreloup, pues de ella dependía probablemente la fortuna de la señora de Coislin y, por consiguiente, la suya propia.

Levantóse rápidamente. Estaba impaciente por ver de cerca á la joven que no había hecho sino entrever al azar en un paseo, y cuya belleza le había chocado.

Zeno tenía entonces cuarenta y ocho años. Los diez y ocho años transcurridos desde que le perdimos de vista habían operado gran transformación en su persona y, como puede suponerse, poco á favor suyo.

Los cabellos, muy grises ya, eran escasos por su cráneo, que, en algunas partes, aparecía completamente desnudo, no obstante las lociones de tintura y el auxilio

de las tenacillas; sus facciones habíanse borrado, ahogadas en una hinchazón adiposa que le había invadido hasta los menores contornos y hacía caer su carne en masas blandas y oscilantes.

Además había aumentado su talle con un principio de obesidad que hacía pesado su andar y privaba á su persona de toda elegancia y de todo atractivo exterior.

En fin, para completar su pérdida física, se le había disminuido considerablemente la vista, que exigía á menudo el auxilio de anteojos.

Pero, á pesar de los ultrajes del tiempo, trataba aún de tener buen aspecto.

Estaba siempre arreglado con mucha presunción y afectaba modales juveniles.

Por otra parte, amable siempre, sabiendo hablar á las mujeres el lenguaje que les convenía, y decirles esas cien mil nonadas que tanto las satisfacen.

Á ellas debería sin duda el haber seducido á la señora de Coislin y el convertirse luego en amante suyo.

Así que su fiel ayuda de cámara, el napolitano Agrícola, le hubo vestido, teñido y rizado, se trasladó al cuarto en que descansaba Luisa.

— ¡Eh! ¡eh! — se decía mientras andaba, — me parece que ahora me parezco algo al viejo Tántalo de mitológica memoria.

Como él, he llevado mis labios al más sabroso fruto, sin poderlo morder...

Pero, no pensemos en eso: primero, riqueza, luego ya trataremos de saborear los frutos que nos conven- gan.

De todos modos, eso no impedirá dirigir dulces frases á nuestra ingenua, aunque sólo sea para acostumbrarla á oír otras que le dirán más adelante...

Nada tan delicioso como este juegucillo galante con una inocente...

Y con la sangre fustigada por un apetito libertino, Zeno entró en el cuarto.

Éste no tenía parecido alguno con el saloncito donde habían encerrado á Blanca en el Parque de los Ciervos.

Si estaba oscura la tapizada prisión de la calle de Saint-Medéric, en esta otra, en cambio, entraba la luz á oleadas por una enorme ventana ante la cual no había ni rejas, ni cortinas de árboles; y los rayos del sol penetraban con entera libertad hasta la rubia cabellera de la niña, que parecía un ángel dormido.

Con los ojos relucientes de curiosidad, acercóse Zeno á la cama todo lo de prisa que pudo, y empezó á examinar á Luisa.

Mas, apenas la hubo mirado con atención, experimentó un brusco estremecimiento y frunció las cejas.

— ¡Esto es singular! — exclamó — ¡Estaré mal despierto?... ¡Juraría haber visto ya este rostro, hace mucho tiempo!...

Restregóse enérgicamente los párpados para aclararse la vista, fué á abrir de par en par la ventana, para que el cuarto se inundase aún más de claridad; y volvió junto á Luisa, á quien contempló de nuevo minuciosamente.

Su fisonomía perdió de pronto su expresión cínica, y el ardiente resplandor de sus ojos se apagó de pronto.

— ¡*Corpo di Bacco!* — exclamó á los pocos minutos de examen; — ¡sí, es *ella!*... ¡ya lo creo que es *ella!*... ¡facción por facción!.. No estoy soñando; paréceme que la veo ahí, ante mí... tal como era hace diez y ocho años... Es su encanto... su gracia... toda la exquisita estructura de sus formas delicadas...

É inmóvil junto al lecho, dirigió á la niña una mirada llena de dulzura.

Al mismo tiempo, se remontaba á lo pasado.

Al ver á Luisa habíase reavivado en él con intensidad extraordinaria otra imagen, imagen que el tiempo había podido atenuar, pero no borrar por completo.

Era la de una obrerita que había conocido en su juventud y de la cual se enamoró perdidamente, tan perdidamente que, no pudiendo conseguir que se le entregase de buen grado, no titubeó en cometer un crimen para satisfacer sus deseos.

Y á medida que los recuerdos se le presentaban más claros, más precisos, revivía, en todas sus fases, su pasión por aquella pobre Marina que, en medio de su existencia de libertinaje había sido su único amor.

Recordaba la primera vez que la vió en casa de la señora de Verteuil, trabajando en una labor de encajes en un rincón de la sala. Rememoraba la profunda impresión que le habían producido los encantos de su persona, la idea fija de poseerla, idea que desde entonces le dominaba, sus argucias para conseguir este objeto y, finalmente, la vergonzosa estratagema por cuyo medio la atrajo á su casa de Montmartre, de donde la pobre salió deshonrada.

También recordaba que un día habíale confesado ella que sentía palpar en su seno el fruto de su crimen, y que, poco después, había desaparecido de la casa en que servía, sin que, desde entonces, le fuese posible conocer su suerte, á no ser el que se hallaba bajo la protección del sargento « Buena Espada », que luego fué hecho duque de Nevers.

Y en el momento actual, lo que más dominaba en él era el recuerdo de aquella confesión.

El pensamiento de que tal vez existiera en el mundo un niño de quien él era padre había acudido muchas veces á su imaginación durante el curso de los años pasados; pero nunca se había detenido ante esa idea.

Fué tan agitada su vida, intervino en tantos acontecimientos, en aventuras tantas, que apenas había tenido tiempo para pensar seriamente en tal eventualidad.

Además, siempre tenía incertidumbre sobre este punto, pues, según él, numerosas circunstancias pudieron oponerse á la venida del nuevo ser.

Pero, ahora que reflexionaba friamente acerca de los sucesos de antes, ahora que tenía á sus ojos la imagen de la que había amado, sobrecogíale una sospecha afirmada más por la emoción que le producía el ver á la durmiente.

Por otra parte, una voz le murmuraba el apellido de la obrera « Moutier », el mismo que el de la niña raptada.

Y preguntábase por qué falta de memoria no le habría chocado en seguida aquella correlación.

En cuanto al rostro, si no le había indicado nada desde el primer momento, achacábalo á su mala vista, que, no obstante, le había permitido, cuando su primer encuentro con las dos amigas en Vincennes, notar su encantadora expresión.

Dirigía, pues, á Luisa miradas cada vez más investigadoras, y viendo que á cada paso se afirmaba más el extraño parecido que tanto le sorprendía, sentíase invadido por una turbación que aumentaba á cada instante.

Con frecuencia se ha dicho que el corazón humano es insondable. Nada hay más cierto, y el del caballero italiano nos lo prueba.

En efecto, aquel miserable, cuya alma era receptáculo de todos los vicios, que siempre se había burlado de las cosas más santas y sagradas, cuya vida había sido una continuada serie de maldades y crímenes, sentíase de pronto invadido por uno de los más elevados sentimientos que al hombre le es dado experimentar.

Así como esas flores de suave aroma que crecen entre inmundicias, así también, en el seno del fango y del limo de que estaba hecho el caballero, nacía ese puro afecto: el amor paterno.

Y en él se producía una metamorfosis. Antojábasele que se desdoblaba su ser, que un nuevo Zeno se colocaba el lado del antiguo y que éste iba desapareciendo poco á poco.

Á sus labios acudió una palabra que pronunció muy bajo, cual si temiera que la oyese Luisa:

— ¡Hija mía! — dijo.

Luego, enardeciéndose, repitió más fuerte :

— ¡Hija mía!... ¿si será mi hija?

Invadióle gran enternecimiento.

— Sí, sí — exclamó — es mi hija... la hija de Marina... todo me lo dice... ¡Ah! ¡no poder estar completamente seguro!

Y esperó con febril impaciencia el despertar de la señorita de Moutier.

Indudablemente, iba á saber luego que no se equivocaba.

Pasaban las horas, y cuanto más avanzaba el día, tanto más se penetraba él de la idea de su paternidad sobre Luisa.

Y hasta llegó á amoldarse tanto á dicha idea, que le parecía imposible poder estar en un error.

Mas la joven continuaba en profundo sueño.

Menos robusta que Blanca, el narcótico de la echadora de cartas ejerció en ella acción más poderosa.

En fin, á eso de las cinco de la tarde se despertó.

La Vignon no había regresado aún. En vez de encontrar á la señora de Coislin en Versalles, como ella suponía, no pudo, como se ha visto, ver á la marquesa hasta Paris, al salir de la inauguración de la estatua de la plaza de Luis XV, y, por lo tanto, no podía volver á Chèvreloup hasta más tarde.

XIV

EXPLICACIONES SINGULARES

Como puede suponerse, el asombro de Luisa al tener conciencia de las cosas, no fué menor que el de Blanca de Nevers en el saloncito del Parque de los Ciervos.

En seguida, sus inquietos ojos se dirigieron al caballero.

Este último, vuelto más humano por sus recientes reflexiones, y comprendiendo la turbación que su vista podría originar á la joven, no la dejó tiempo para asustarse.

— Señorita — le dijo, acordándose del pretexto inventado por la Vignon y del que, á falta de otro mejor, resolvió servirse, para explicar á la joven su presencia en aquel lugar, — señorita, me figuro lo extraño que ha de parecerle encontrarse en este sitio desconocido; pero va usted á conocer la causa y á comprender que nada hay más sencillo : está usted

aquí por orden de su señora tía, la abadesa de Picpus.

Y, como la cara de Luisa demostraba hasta la evidencia la sorpresa que le causaba el anuncio de tan extraña orden, continuó Zeno :

— Sí, señorita, y la salud de usted es lo único que ha podido decidir á su tía á separarse. Hace ya varios meses que la señora superiora notaba que no se encontraba usted bien y quería sacarla de los alrededores de la capital, cuya atmósfera es para usted funesta, al mismo tiempo que deseaba proporcionarle las distracciones tan necesarias á su edad, distracciones incompatibles con la regla del convento.

Para hacerlo, no esperaba sino una ocasión propicia, la cual habiéndose presentado, la ha aprovechado ella en seguida, enviándola aquí, á esta propiedad que está bastante lejos de París para que no lleguen ni sus miasmas ni sus exhalaciones deletéreas.

— ¿Qué me dice usted, caballero? — exclamó Luisa que, muda de sorpresa al principio, recobró al fin la palabra — ¿estoy enferma yo?

— ¡Enferma! Algo exagerada es la palabra; pero tampoco está usted gozando de perfecta salud... Vamos, contésteme sin rodeos. ¿No está usted sujeta á menudo á languidez, á un cansancio que la sobrecoge sin motivo aparente?

No le faltaba habilidad al caballero al dirigir esa pregunta, ya que las jóvenes tienen siempre esos períodos de fatiga cuyas causas no han podido definirse nunca exactamente y que, á falta de otra cosa, se atribuyen á la neurosis.

Consultóse Luisa y recordó que, en efecto, le ocurría, de cuando en cuando, verse abatida, sin energía, como si se rompiera en ella algún resorte. Especialmente desde que la contrariaban su inclinación hacia el vizconde de Dizons.

— La verdad — replicó ingenuamente — si á veces experimento cierto malestar, creo que esas indisposiciones sin importancia no han inquietado nunca á mi tía, que yo sepa, porque jamás me había hablado de sacarme de París para que mejorase.

— Se equivoca usted, señorita. Su tía se ha preocupado desde que apareció el mal. Así, ante los consejos que, en calidad de médico, le he dado yo, ha creído deber aprovechar la ocasión que se le presentaba. Nada tiene de particular, créalo, el proceder algo brusco que ha empleado con usted. La digna abadesa sufría más que usted misma por esa separación urgente. Y por esa razón, temiendo su debilidad y la de usted, temiendo que en el momento de la separación les faltasen fuerzas á las dos, ha preferido evitar ese instante penoso de la despedida.

— ¡Ah! — exclamó Luisa, cuyos ojos estaban húmedos; — nunca hubiera sospechado que mi tía tuviese esas intenciones para conmigo. Nada podía hacérmelas suponer, en su modo de ser. Pero, ahora, me doy cuenta de todo ese misterio. ¡Pobre tía! Si ha procedido así, no puede ser más que por mi bien.

Luego, tras una pausa, cambiando de idea, prosiguió:

— Lo que me parece incomprendible es que me hayan podido traer hasta aquí sin que yo me entere.

Duermo bien, convengo en ello; pero no hasta el extremo de que puedan transportarme como un fardo durante varias leguas de camino.

— Yo preveía esa pregunta, señorita, y he aquí la respuesta: con el permiso de la señora superiora, le han administrado á usted un narcótico que la ha privado de conocimiento.

Zeno pensaba que no había inconveniente alguno en esa declaración que, por otra parte, se adaptaba al curso de la conversación.

— ¡Un narcótico! — murmuró la joven abriendo mucho los ojos. — ¿Á qué esa precaución?

— Porque entraba en la ejecución del proyecto tramado entre su tía y yo para alejarle de ella sin que viese sus lágrimas ni oyese sus sollozos. ¿He hecho mal, señorita, en aconsejar ese medio á la señora superiora, á fin de no aumentar el dolor de ella al ver el dolor de usted?

— No, señor — contestó Luisa, lanzando un suspiro. — Ya que mi tía había decidido esa separación, más vale que se haya hecho de ese modo, pues, de lo contrario, nunca hubiera ya tenido fuerzas para decidirme.

Á pesar de pronunciar con voz firme estas palabras, la joven tenía muy compungido el corazón.

El caballero estaba muy satisfecho por haber podido engañar tan fácilmente á la joven.

No esperaba salir tan bien librado.

Para que no sorprenda la facilidad con que la amiga de Blanca aceptaba su suerte, recordemos que no poseía como ésta una imaginación pronta siempre á

rebelarse. Era un temperamento tranquilo, apacible y no á propósito á la oposición. No es que le faltase energía en caso necesario; pero, para que esta energía apareciese, era menester una serie de circunstancias capaces de hacerla nacer.

Y no era este el caso actual.

— ¿Y en casa de quién estoy? — preguntó.

— En casa de una gran dama, una dama viuda de la corte.

— ¿Cómo se llama?

Zeno se preguntó si debería revelarle el verdadero nombre de la marquesa, y, reflexionando que la niña no debía de haber oído hablar de ella nunca, decidióse á decirle:

— La marquesa de Coislin.

— Ese nombre me es completamente desconocido.

— No es apenas posible que la conozca, pues hace muy poco tiempo que está en Francia esa dama. Además, aunque estuviera hace muchos años, creo que no podría usted saberlo en el convento.

— En el convento, no; ahí no entra ningún ruido de este mundo. Pero no siempre he estado ahí, y, cuando yo habitaba en el hotel de Lagardère Nevers, oía pronunciar á menudo el nombre de las damas y gentileshombres que entran en palacio.

El caballero, que buscaba una coyuntura para interrogar á la joven acerca de su vida, con intención de obtener algún dato que pudiera iluminarle desde el punto de vista de su identidad, aprovechó rápidamente la que parecía ofrecerle esa frase.

— ¡Ah! ¿Ha vivido usted en el hotel de Nevers, señorita? — le preguntó; — ¿en calidad de qué?

— En calidad de amiga de la señorita Blanca de Nevers, á cuyo lado me he criado y he permanecido hasta los quince años.

— ¿No tenía usted padres?

— Me han dicho que murieron cuando yo era muy pequeña; yo no me acuerdo de ellos.

— De modo que ¿es usted huérfana?

— ¡Ay! ¡sí!

— Y esa tía, esa tutora que tiene usted en Picpus, ¿es hermana de su madre... ó de su padre?

Zeno esperó temblando la respuesta á esta pregunta.

De ser hermana de su padre, sus esperanzas estaban naturalmente frustadas, mientras que si lo era de su madre... ¿No podía Marina haber tenido una hermana?... Además, ¿quién le aseguraba que esa tía que él no había visto nunca, lo fuera de veras?

— Es hermana de mi madre — contestó Luisa. — Lo sé por ella misma.

Los ojos del caballero dejaron ver un rayo de alegría y un suspiro le dilató el pecho.

— ¿Le habla á usted á veces de los padres que na perdido?

— No, nunca. Yo he intentado varias veces hablarle de ellos; pero siempre ha cambiado ella de conversación. Y lo mismo ocurría cuando, en el hotel de Nevers, interrogaba acerca de ellos al duque ó á la duquesa. Notaba en los duques una turbación que yo no sabía

explicarme. De ahí deduje que en la vida de mis padres había un misterio que no creían conveniente revelarme. Y le confieso que me apena mucho el no saber nada de ellos.

— ¿De modo que no sabe nada?

— Absolutamente nada.

— ¿Cuál es el nombre patronímico de su tía?

— No lo sé.

— ¿Que no lo sabe? ¿Cómo es eso?

— Pues porque hasta ahora me lo han ocultado. Tampoco eso lo comprendo.

— ¿Y usted no se lo ha preguntado nunca á ella?

— Sí, al llegar al convento le rogué que me lo dijera, pues el duque y la duquesa me previnieron que sólo ella podría decirme; pero me contestó: «Hija mía, aquí, no tengo más que un nombre: sor Felipina, por el cual estoy ligada al señor. En cuanto á mi apellido, lo abandoné para siempre al franquear el umbral de este asilo, y mis labios no lo pronunciarán nunca.» — Ya se figurará usted que no he insistido ni he hecho luego tentativa alguna para conocerlo.

Las respuestas de la joven no proporcionaban á Zeno ningún dato formal de lo que quería saber. De todos modos, deducía de ellos una á modo de confirmación de sus sospechas.

Esa huérfana á quien nunca hablaban de sus padres, esa tía ó supuesta tía que se negaba á decir su nombre á su sobrina, todo eso ¿no podía, en efecto, darle la casi seguridad de que tenía ante sí á la hija de Marina?... ¡la suya propia!

Y cuanto más miraba á Luisa, tanto más arraigaba en él esa creencia.

Hasta su voz, de timbre dulce y sonoro, le recordaba la que antes había sonado en sus oídos y que él creía percibir aún.

De repente un pensamiento atrevesó como un hierro candente su cerebro.

Se acordaba de la intención con que había llevado á Luisa á Chèvreloup.

Profundamente absorto hasta entonces por la sola idea de descubrir la identidad de la niña, habíase olvidado por completo del objeto de su presencia.

— ¡Oh! ¡no será así! — se decía. — ¡Mi hija entregada al rey!... ¡Y entregada por mí!... — ¡Nunca! ¡Jamás!... He sido culpable de muchas bajezas é infamias en mi vida; pero no soy aún tan vil para cometer tan monstruoso crimen.

Luego, á este pensamiento sucedió otra reflexión:

— ¿Qué hacer, pues? ¡La marquesa que cuenta con ella para obtener el favor de Luis XV! Es su última carta, la que debe decidir á su favor la partida. Á no ser por ella nos hundimos. Y digo « nos », porque de su fortuna depende la mía.

Gran lucha interior se producía en él.

Por una parte, una existencia regalada, la esperanza de aparecer de nuevo en la corte de Francia, entre aquella falange brillante en donde en otros tiempos había ocupado uno de los primeros puestos, y en la que para aparecer de nuevo sólo esperaba el « advenimiento » de la marquesa de Coislin; por otra, una vida

oscura, acaso miserable; pero regenerada por el amor paterno y radiante de alegría por haber salvado de la deshonra á su hija...

Digamos en honor suyo que la lucha fué de corta duración.

Y para que ese hombre, cuyo triste pasado conocemos, se transformase de ese modo en pocas horas, era menester que tuviera enorme poder el sentimiento que de él se había apoderado al ver á Luisa.

Sumido en profunda meditación, ya no pensaba Zeno en interrogar á la joven.

Ésta respetaba su silencio, preguntándose cuál sería su causa.

¡Ah! ¡si hubiera podido saberla!...

Al fin, el caballero, saliendo de su éxtasis le dijo:

— Señorita, lo que acabo de saber acerca de usted aumenta el interés que ya me inspiraba. Siempre es muy desgraciado estar solo en el mundo... ¡No tener siquiera madre!...

— No estoy sola; puesto que tengo á mi tía.

— Es verdad... ¿Y la quiere usted mucho?

— ¡Oh! sí; tanto como si fuera ella la que me dió el ser; pero creo que ella me quiere á mí más aún; es tan buena, tan cariñosa para conmigo, que no creo que una madre pueda tener más ternura para su propio hijo.

— ¿De veras? — exclamó Zeno.

Y, aparte:

— Vamos — se dijo — si tengo ya casi la certeza de estar en presencia de mi hija, poco me falta la de

creer que la abadesa de Picpus es Marina. No puedo explicarme de otro modo tan estrecha unión entre las dos. Es preciso que mañana mismo se aclaren mis dudas, sea del modo que fuere... ¡sí, mañana mismo!

— Y, en resumidas cuentas, caballero — preguntó Luisa, — ¿qué voy á hacer aquí?

— Nada, sino respirar el aire puro y vivificante que la rodea. Hay un gran jardín, un parque inmenso; puede usted pasear por él todo el día. Yo la acompañaré... si no tiene usted inconveniente.

— Al contrario.

El caso es que el caballero inspiraba confianza á la joven; ésta se sentía atraída hacia él por una simpatía instintiva que se parecía á la que había experimentado con su tía la primera vez que penetró en el convento.

— Ahora, hija mía — le dijo Zeno, — va usted á reparar sus fuerzas. Desde la cena de anoche en el convento no ha tomado usted nada, y debe de tener hambre. Voy á hacerle subir á cenar y luego iremos los dos á dar una vuelta por fuera.

Una hora después, el caballero y Luisa se paseaban del brazo entre los macizos de flores, cuando Teresa Vignon apareció en la verja de entrada.

Siguiendo las órdenes de la señora de Coislin, venía para hacer compañía á Luisa.

— ¡Tate! ¡La señora de Thibault! exclamó ésta sorprendida.

— ¿La señora de Thibault? — repitió el caballero

mirando en derredor suyo — ¿en dónde ve usted á esa señora, hija mía?

— Ahí, — replicó la niña designando á la nigromante; — estaba conmigo en Picpus.

Zeno no se acordaba ya de la Vignon y su presencia le causó viva contrariedad.

El ver cerca de Luisa á una miserable por el estilo, le era muy poco agradable.

Claro es que, por la mañana, antes de su metamorfosis, hubiera pensado de modo muy diferente.

— ¡Ah! ¡sí — exclamó, fingiendo no ver hasta entonces á la recién llegada.

Y deseoso de dar motivo plausible á su presencia en Chévreloup, continuó:

— Precisamente la señora Thibault es la persona á quien su respetable tía recurrió para sacarla del convento. Como no se quería que ninguna de las hermanas agustinas entrase en la confidencia del rapto, ha habido que reclamar la ayuda de una persona extraña y ella es la que le ha administrado el narcótico. Sólo fué á Picpus para eso... Pero, permítame que vaya á decirle dos palabras; vuelvo al instante.

Muy contrariado, aunque sin dejarlo ver, salió al encuentro de Teresa Vignon que avanzaba por el jardín, y á fin de que no cometiese alguna plancha si llegaba á hablar con Luisa, púsola al corriente de su conversación con ésta — salvo, por supuesto, la parte en que la había interrogado acerca de su familia, — y luego, recomendándole que no interrumpiera su paseo, volvió de nuevo al lado de la niña, mientras la nigro-

mante se dirigía hacia el castillo, en donde, ya que el caballero había tomado su papel, no tenía más que esperar el regreso de la señora de Coislin para cobrar de ella el pago de su trabajo.

XV

LA HOSTERÍA DE LA CAMPANA RAJADA

Al salir del convento, en donde acababan de saber por boca de la abadesa el doble rapto de Blanca y de Luisa, el marqués Enrique de Lagardère-Nevers y el vizconde Romualdo de Dizons se pusieron en seguida de acuerdo acerca de los medios que debían emplear para sacar á las jóvenes de las manos en que habían caído.

De común acuerdo decidieron no dividir sus fuerzas, sino permanecer unidos y prestarse mutuo apoyo en lo que pudieran emprender, tanto respecto á una de las prisioneras como á la otra.

Luego, ya que sabían á punto fijo el lugar en que estaba la señorita de Nevers, decidieron ir primero á socorrer á ésta.

Como no tenían indicaciones precisas respecto al retiro de Luisa Moutier, les parecía, en efecto, más equitativo no retrasar la libertad de Blanca hasta des-